

Hannah Arendt

UNA BIOGRAFÍA

ELISABETH YOUNG-BRUEHL



PAIDÓS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Agradecimientos

Prefacio a la segunda edición

Prefacio

Nota del editor

Primera parte. 1906-1933

1. Unser Kind (1906-1924)
2. Las sombras (1924-1929)
3. La vida de una judía (1929-1933)

Segunda parte. 1933-1951

4. Apátridas (1933-1941)
5. La lealtad es el signo de la verdad (1941-1948)
6. Un rostro privado en la vida pública (1948-1951)

Tercera parte. 1951-1965

7. Encontrarse en casa en el mundo (1951-1961)
8. Cura posterior: Eichmann en Jerusalén (1961-1965)

Cuarta parte. 1965-1975

9. América en tiempos de oscuridad (1965-1970)
10. Ya no y todavía no: La vida del espíritu (1970-1975)

Apéndices

1. Los Cohn y los Arendt de Königsberg
2. Texto alemán de los poemas de Hannah Arendt
3. La tesis doctoral de Arendt: sinopsis
4. Bibliografía cronológica de las obras de Hannah Arendt

Lista de ilustraciones

Láminas

Notas

Créditos

SINOPSIS

Esta biografía de Hannah Arendt, una de las pensadoras más originales y controvertidas del siglo xx, va más allá de la reconstrucción de la vida de la filósofa. Constituye también una exposición de su vasta obra y de su época. Basándose en textos personales e inéditos, recrea numerosos episodios de una existencia compleja y los entrelaza con los grandes dilemas y los grandes dramas de un siglo cruel. Proporciona además una guía para la interpretación de una obra ineludible.

ELISABETH YOUNG-BRUEHL

HANNAH ARENDT

Una biografía

Traducción de Manuel Lloris Valdés

PAIDÓS Contextos

AGRADECIMIENTOS

Hannah Arendt fue afortunada en el terreno de la amistad, como se señala en esta biografía. También yo he sido afortunada al tratar con sus amistades. Mary McCarthy, albacea literaria de Arendt, me concedió con generosidad entrevistas, así como la posibilidad de consultar las cartas de Hannah Arendt dirigidas a ella y permiso para citar de la obra publicada y de los materiales inéditos del legado Arendt. Lotte Köhler, quien emprendió con gran entrega la tarea inmensa de clasificar y organizar los papeles y bienes de Arendt, se mostró siempre generosa como informante. Asimismo, leyó mi manuscrito y me dio un inestimable apoyo moral.

Los familiares de Hannah Arendt —Käthe y Ernst Fürst de Tel Aviv, Else y Manfred Braude de Cambridge (Inglaterra), y Eva Beerwald de Londres— me proporcionaron datos y recuerdos, fotografías y su cálida hospitalidad. Niouta Ghosh, de Calcuta, prima de Arendt, respondió por carta a mis preguntas. El primer marido de Hannah Arendt, Günther Anders, me recibió en Viena y posteriormente me brindó a menudo su apoyo por correspondencia.

Los miembros de la «tribu» Arendt-Blücher, la mayoría de los cuales residen hoy en Nueva York o sus cercanías, me guiaron, me hicieron correcciones, me ayudaron en las traducciones del alemán: en una palabra, me iniciaron. He mantenido entrevistas individuales con la mayor parte de ellos y me he sumado a las celebraciones que organizan cada año en conmemoración del aniversario de la muerte de

Hannah Arendt. He contraído una deuda de gratitud hacia ellos no sólo por su ayuda en la elaboración de este libro, sino también por el reflejo de su fidelidad a Hannah Arendt que ha recaído en mí. No puedo dejar de mencionar a Jeannette y Salo Baron, Charlotte Beradt, Alcopley, Rose Feitelson, Minka y Peter (m., 1981) Huber, Eleonore y Hans Jonas, Charlotte y Chanan Klenbort y sus hijos Daniel e Irene, Else y Paul Oskar Kristeller, Alice y Joseph Maier, Hans Morgenthau (m., 1980) y su hija Susanna, Priscilla y Robert (m., 1978) Pick, Richard Plant, Ingrid Scheib, Joan Stambaugh, y Helen Wolff. Fue Anne Mendelssohn Weil quien me incitó en primer lugar a escribir esta biografía de la que fue su amiga durante cincuenta años, apoyándome en todo momento. Lamento que Robert Gilbert, el mejor amigo de Blücher, muriese antes de que me fuese posible mantener una entrevista con él. Su primera esposa, Elke Gilbert, de Zurich, y su hija Marianne Finnegan han sido sobremanera cordiales y me han prestado ayuda. Muchos de los conocidos de Arendt, a menudo amigos de estos amigos, me concedieron entrevistas: George Agree, Richard Bernstein, Leon Botstein, Irma Brandeis, Roger Errera (París), Carl Frankenstein (Jerusalén), Nahum Goldmann (París), Nina Gourfinkel (París), Käthe Hirsch (París), Yela y Henry Löwenfeld, Eva Michaelis-Stern (Jerusalén), Henry Paechter (m., 1980), Ilse Schlechter, Elizabeth Stambler, Hannah Strauss, Ernst Vollrath (Colonia). Muchos de los amigos americanos de Hannah Arendt han fallecido ya: Rosalie Colie, J. Glenn Gray, Randall Jarrell, Robert Lowell, Philip Rahv, Harold Rosenberg. Pero muchos de los que la han sobrevivido me han prestado una gran ayuda. Me siento obligada a mencionar mi especial gratitud hacia Dwight MacDonald y William Shawn.

Tuve la posibilidad de leer la correspondencia Arendt-Jaspers y Arendt-Blumenfeld en el Deutsches Literaturarchiv de Marbach am Neckar (Alemania), donde Ludwig Greve y sus colegas me facilitaron unas condiciones ideales de

trabajo así como, en el caso de Herr Greve, una espléndida compañía. Hans Saner, de Basilea, me dio permiso para citar documentos de Jaspers a su cargo, cosa que le agradezco así como la cuidada edición de las obras de Jaspers que ha realizado. Como dejo constancia en el Prefacio, no tuve acceso a la correspondencia Arendt-Heidegger.

He consultado los archivos de Arendt, depositados en la Biblioteca del Congreso, en Washington D. C., pero la mayor parte de las notas que tomé de tales documentos datan de los años 1976-1977 cuando Lotte Köhler, Jerome Kohn y Lawrence May los estaban organizando con vista a este depósito. Por eso las referencias a los archivos Arendt que se dan en el texto indican el autor, destinatario o título, y fecha, y no la numeración de los legajos de la Biblioteca del Congreso. Debo agradecer al personal de la sala de manuscritos de esta Biblioteca sus servicios. Y también me complace manifestar mi gratitud hacia el personal de otras bibliotecas en las que he trabajado: la Biblioteca Olin de la Wesleyan University; la Biblioteca del Bard College; la Sala Judaica de la Biblioteca Pública de Nueva York; el Instituto Leo Baeck de Nueva York; el British Museum; el Centre de Documentation Juive de París; la Alliance Israélite Universelle de París; el Archivo Central Sionista de Jerusalén; y Yad Vashem también de Jerusalén. Paivi y Heinz Kemmer efectuaron en diversas bibliotecas alemanas pesquisas bibliográficas a fin de localizar las primeras colaboraciones periódicas de Arendt.

El apoyo de algunos estudiosos de Hannah Arendt ha tenido para mí una significación especial, como en el caso de Michael Denny, Melvyn Hill y su esposa Anne, Jerome Kohn y Lawrence May. Mi amigo Jerome Kohn me dio su inestimable ayuda leyendo cuidadosamente el manuscrito de este libro; las partes dedicadas a las obras de Arendt deben mucho a sus observaciones críticas.

Tanto mis colegas como mis estudiantes del departamento de Letras de la Wesleyan University, así como las secretarías del departamento y Mary Jane Arico, que mecanografió el manuscrito, fueron pacientes y me brindaron su confianza. Este libro fue escrito sin ningún apoyo financiero ni beca de institución alguna. Sin embargo, la Wesleyan University me ayudó en la preparación del manuscrito.

Maureen MacGrogan, de la Yale University Press, aportó a la preparación de la edición del manuscrito una rara combinación de penetración filosófica y dotes literarias. Fui su agradecida alumna en el examen página a página a que lo sometió. Los atentos cuidados de Anne Mackinnon en las fases finales de la preparación del texto para la imprenta fueron de enorme importancia para dar al manuscrito su forma final.

Confío en que aquellos a quienes dedico este libro se deleitarán con él, en prenda de las atenciones que ellos han tenido conmigo: Hope, Robert, las dos Loise, Ernie, Elisabeth la mayor y el resto de mi querida familia.

*Chester, Connecticut
Julio, 1981*

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En el otoño de 2003 conté una de mis anécdotas favoritas sobre Hannah Arendt a un auditorio formado por profesores y alumnos de un College de Nueva Inglaterra. En 1969, poco después de que Arendt empezase a dar clases en la New School for Social Research de Nueva York, un grupo de estudiantes (entre los que estaba yo) que protestábamos por la Guerra del Vietnam fuimos a pedirle consejo sobre si deberíamos unirnos con un sindicato local para planear una manifestación antibelicista. Arendt escuchó con atención todos nuestros pros y contras, antes de responder lacónicamente, en su marcado acento alemán: «Ffien [por "bien"], eso significa que podríais usar su mimeógrafo». Cuando terminé de contar la historia, el profesor más veterano que había entre mis oyentes (contemporáneo mío) sonrió con este ejemplo del pragmatismo de la gran teórica política, mientras los estudiantes miraban con entusiasmo, pero desconcertados. Uno de «los recién llegados», así era como Arendt se refería siempre a los estudiantes, se me acercó y me agradeció la charla, que había encontrado muy sugerente. «Leer a Hannah Arendt ha sido muy, no sé, muy impresionante para mí», me dijo. Y entonces me preguntó, completamente en serio: «¿Qué es un mimeógrafo?».

Una nueva generación de lectores ha crecido desde que en 1982 (siete años después de su muerte) fuera publicada por primera vez esta biografía sobre Hannah Arendt. Esta nueva generación está organizando ahora manifestaciones antibelicistas con el teléfono móvil y por correo elec-

trónico, está aprendiendo a pensar y a actuar políticamente en un mundo que es profundamente distinto de aquel — aunque ha surgido de ahí— en el que Arendt vivió. Si yo escribiera esta biografía ahora, estaría trabajando dentro de este nuevo contexto, tratando de incluir a estos «recién llegados» para quienes los acontecimientos de mediados del siglo xx, tan esenciales para entender cómo se aproximaba Arendt a la política, son historia antigua, lectores para quienes el mundo posterior al colapso de la Unión Soviética es el único mundo que hay que penetrar y comprender.

Algunas veces he pensado en revisar la presente obra para adaptarla al presente y a los lectores¹ jóvenes. Pero siempre he terminado por decidir que es mejor dejarla tal y como la escribí, porque representa la vida de Hannah Arendt en el mundo tal y como ella la experimentó, y tal y como ella y el mundo podían ser vistos y juzgados al término de su vida. En el prefacio anterior escribí: «La posteridad podrá juzgar también esa vida. Al biógrafo sólo le concierne juzgar si tal historia merece ser contada». Este juicio póstumo de la vida de Hannah Arendt está empezando ahora, y me gustaría considerar aquí algunos de esos argumentos. También me gustaría ayudar a orientar a los lectores que comparten la preocupación de Arendt por el mundo, su «amor al mundo», pero que son demasiado jóvenes para haberse podido encontrar con ella directamente; lectores que están en la edad que yo tenía cuando tuve la fortuna de empezar mi doctorado en filosofía en la New School, donde finalmente escribí bajo la supervisión de ella mi tesis sobre su profesor Karl Jaspers.

Como cualquier otro de sus estudiantes y como sus miles de lectores en América y en Europa, yo dependía de sus atinados comentarios sobre la cascada de acontecimientos de la Guerra del Vietnam y las reacciones de alcance mundial y los movimientos políticos que propició o galvanizó. Me gusta imaginar esta biografía como una introducción a Arendt para lectores que la conocen como figura histórica,

pero no como un personaje público vivo; este prefacio quiere ser una guía del proceso por el que ella se convirtió en una figura histórica durante las tres décadas posteriores a su muerte.²

Permitidme empezar examinando las publicaciones póstumas de Arendt, muchas de las cuales estuvieron a mi disposición mientras escribía esta biografía gracias a su albacea literario. Desde la aparición en 1978 de *La vida del espíritu*, que Arendt dejó inacabada, se han editado una considerable colección de sus escritos. Estos escritos pueden agruparse en tres categorías: correspondencia, colecciones de ensayos inéditos o que no habían sido recogidos en otros libros (tanto en alemán como en inglés) y su *Diario filosófico*, publicado en 2003 en Alemania, donde la primera edición se agotó pese a su extensión (1.500 páginas) y su precio (120 euros). El *Diario filosófico* no estaba disponible cuando escribí la biografía de Arendt a pesar de que muchos de sus ensayos sí que lo estaban.

Finalmente serán cinco volúmenes de ensayos, todos bajo la cuidadosa y erudita dirección de mi amigo Jerome Kohn, el último ayudante de investigación de Arendt, y ahora su albacea literario. *Ensayos de comprensión* apareció en 1994. *Responsibility and Judgment*,* que incorporaba un largo texto sobre filosofía moral que Kohn confeccionó con gusto a partir de los toscos manuscritos de unas conferencias, apareció en 2003 bajo el sello de Schocken Books (donde Arendt trabajó como editora, e introdujo a Franz Kafka entre los lectores americanos). Un tercer volumen, que probablemente llevará el nombre de *The Problem of Political Philosophy*, contendrá un manuscrito sobre Marx y otras conferencias importantes tan largo como un libro. Está prevista una recopilación de los escritos judíos de Arendt, así como un volumen con una selección de los ensayos cortos del *Diario filosófico*.

En los próximos años también aparecerá una colección de cartas, y estará disponible el registro completo de su correspondencia (aunque ahora ya sea accesible en la New School, en la versión digitalizada de los documentos de Arendt en la biblioteca del Congreso). Entre la correspondencia ya publicada, el intercambio entre Arendt y el que fuera su mentor, figura paterna y amigo, Karl Jaspers, que apareció en Alemania en 1985 y en Inglaterra en 1992, ha alcanzado, entre los de su género, el rango de clásico del siglo xx. Todos aquellos que en el futuro escriban la historia de los europeos en América volverán a las minuciosas, profundas y extraordinariamente proféticas reflexiones que hay aquí tanto sobre las crisis de la Norteamérica posterior a la Segunda Guerra Mundial como sobre la recuperación política de Alemania y su lucha encaminada a «dominar el pasado» después de la derrota de los nazis.³

Within Four Walls (2000), las cartas intercambiadas durante los treinta y cinco años de relación de pareja con Heinrich Blücher (su marido berlinés, de la clase trabajadora, autodidacta con carisma e intelectualmente aventajado), son un modelo de conversación amorosa sostenida sobre una vida de intimidad, emigración, aculturación, lucha por el éxito, enfermedad, pérdida y fascinación por el nuevo mundo.⁴ Una interpretación posible de los proyectos filosóficos de Blücher —que fue profesor, pero no escritor— puede ser discernida a partir de la correspondencia, en especial su reverencia inalterable hacia Sócrates (quien también había sido maestro, pero no escritor) y su devoción por la visión de Jaspers de una filosofía cosmopolita, un coloquio con filósofos venidos de todo el mundo que orientaran sus historias culturales hacia «la Edad Axial» (800-500 AEC). Pero lo que la correspondencia muestra con mayor viveza es como Arendt y Blücher se dieron mutuamente, con la seguridad de las «cuatro paredes», su hogar y su conversación,

un lugar donde cada uno podía contar con la lealtad del otro, con una profunda honestidad sobre sus debilidades y fuerzas, compartiendo así sus esperanzas.

La amistad de Arendt con Mary McCarthy está relatada en un ingenioso, a menudo mordaz, y encantadoramente distendido intercambio de comentarios políticos y culturales. *Entre amigas* (1995) es la colección de cartas de Arendt más americana, y considerando que su correspondencia con el importantísimo (pero todavía poco conocido) novelista Hermann Broch y con el líder sionista Kurt Blumenfeld no parece que vayan a ser traducidas en breve al inglés ni a encontrar lectores más allá de los muros de la academia alemana,⁵ el libro parece destinado a seguir siendo una lectura crucial para los estudiosos de la vida literaria americana del siglo veinte.

La correspondencia entre Arendt y Jaspers, la mayor parte de las cartas entre Arendt y Blücher (menos unas pocas fechadas antes de la guerra y que aparecieron más tarde), y las que ella escribió en su correspondencia con McCarthy estuvieron a mi alcance mientras escribía esta biografía. Aunque las correspondencias con Broch y con Blumenfeld no habían sido recopiladas todavía, pude leer todas las cartas que estaban disponibles en el legado de Arendt y en el archivo de literatura alemana de Marbach. Ahora que estas cartas han sido publicadas, los futuros biógrafos de Arendt podrán ofrecer retratos más completos de sus amistades, pero no añadirán, en mi opinión, ningún suceso importante a su historia.

Habiendo leído ya las dos caras de la correspondencia entre Arendt y McCarthy, he llegado a una idea más precisa de la naturaleza de su amistad y de cómo ésta fue desarrollándose. Arendt siempre tuvo una *beste Freundin*. En su juventud su mejor amiga había sido Anne Mendelsohn Weil, a quien ella conoció cuando era una adolescente en Königsberg; después de emigrar a Estados Unidos, Hilde Frankel, amante del teólogo Paul Tillich, se convirtió en su

confidente, aunque Arendt reemprendió su relación con Anne Weil tan pronto como pudo regresar a Europa. Frankel murió de cáncer en 1950, y fue entonces cuando Arendt se dirigió hacia Mary McCarthy (la primera mujer americana por quien había sentido alguna afinidad). Aunque McCarthy era seis años más joven, tenía todas las cualidades que Arendt necesitaba en un amigo (y había encontrado en su marido uno sobresaliente): pasión por observar y entender el mundo (tanto las condiciones sociales del mundo más cercano como las de la gran política mundial), riqueza emocional y un «corazón» despojado de sensiblerías; una inteligencia aguda, libre tanto de hipocresía como de autoindulgencia, o de sumisión a las opiniones ajenas; una lealtad profunda y la capacidad de comprender cómo la amistad puede erigirse en un hogar para aquellos que no tienen una familia tradicional, una comunidad o un ámbito religioso común.

Arendt también podía contar con McCarthy cuando se trataba de las complejas relaciones con los hombres que había tenido en su juventud (aquellas de las que sí podía hablar con McCarthy) y que no tuvo o no quiso tener en los treinta y cinco años que estuvo casada con Blücher y entregada a la escritura. Arendt podía ser la confidente —casi la madre judía, y ciertamente la hermana mayor— de McCarthy, involucrándose ella misma en los asuntos de McCarthy sin abandonar su escritorio. Arendt podía volcar sobre McCarthy la vida con la que había renunciado a escribir una novela: celebridad, salones literarios y activismo político; y recibir a cambio una inyección de vivacidad, complicidad, y perspicacia literaria. En su correspondencia con McCarthy, Arendt se sintió libre para dejar al descubierto su estado de ánimo —las ocasiones en que estaba deprimida o desanimada— y para mostrar hasta qué punto necesitaba ser una mujer y una amiga, y no simplemente un personaje famoso o alguien cuyo trabajo intelectual estaba en un plano superior en relación con el nivel de los de su círculo. Y McCarthy

era lo bastante europea, como viajera y como escritora, para apreciar desde un punto de vista político a Arendt como a una norteamericana, pero como a una europea cosmopolita en cultura y en sensibilidad. En los años que siguieron a la muerte de Blücher en 1970, cuando Jaspers también había muerto, McCarthy supo comprender el luto de su amiga y le ofreció las correspondientes cuatro paredes.

Las cartas —disponibles en alemán desde 1999 y en inglés desde 2004— que Hannah Arendt intercambió entre 1925 y 1975 con su antiguo amante y maestro, el filósofo Martin Heidegger, son completamente distintas al resto de la correspondencia publicada.⁶ Estas cartas fueron confinadas en el archivo literario de Marbach poco después de la muerte de Heidegger en 1976, unos meses después de la de Arendt, de manera que cuando yo escribí sobre las relaciones de Arendt con Heidegger, en particular sobre su *affaire* juvenil, tuve que confiar en las entrevistas con los escasos amigos que estuvieron al corriente o tuvieron una idea de cómo se habían desarrollado sus relaciones después de la guerra. Consecuentemente, mi biografía subestima el papel que Heidegger tuvo en el desarrollo intelectual de Arendt después de la guerra, cuando ambos volvieron a encontrarse en 1950 y más tarde, desde finales de la década de los sesenta hasta el final de sus vidas, mientras ella escribía *La vida del espíritu*. Mi biografía, claro está, tampoco toma en consideración la actual controversia que ha rodeado desde la muerte de ambos la relación de Arendt con Heidegger, y que la publicación de las cartas no ha ayudado a resolver. Como figura histórica, Hannah Arendt es ahora inseparable de Martin Heidegger.

A diferencia de las otras colecciones de cartas, la correspondencia con Heidegger que ha sido publicada está incompleta. La mayor parte de las cartas de Heidegger están incluidas, pero hay muy pocas de Arendt. Las cartas que ella escribió al principio del *affaire* en Marburg (1925-27), mientras Heidegger estaba escribiendo su obra maes-